

CIENCIAS SOCIALES Y DISOLUCION DEL «HOMBRE INTERIOR»

(Aproximación al pensamiento ético de S. Alvarez Turienzo)

Quiero con estas páginas ofrecer un breve análisis de uno de los temas éticos que más interesó al profesor Turienzo: las diversas implicaciones que el desarrollo de las Ciencias Humanas o Sociales han supuesto para la ética, considerada como disciplina filosófica y a su vez como realidad antropológica; cuestión ardua a la que con constancia y lucidez el profesor ha dedicado no pocos de sus más valiosos escritos. Presentaré ordenadamente sus diversas reflexiones sobre este particular, recogidas de entre varios de sus escritos de los años setenta. La limitada extensión impuesta a este trabajo me impide detenerme a discutir algunas de sus tesis, si bien al final apuntaré brevemente hacia dónde podrían encaminarse las críticas al enfoque de Turienzo. Seguiré de cerca los principales textos en donde se analizan las graves consecuencias de las Ciencias Sociales para el discurso filosófico en torno al «hombre interior» o sujeto moral; con lo cual sólo abordaremos una parcela de su ya extensa obra filosófica.

Sirvan también estas páginas como reconocimiento explícito de la densa labor docente e investigadora que ejemplarmente ha desarrollado el profesor Turienzo en nuestra Universidad, como muestra de mi agradecimiento personal a quien debo, de modo especial, el interés por la ética y la teoría sociológica, y como estímulo para futuros investigadores que espero no tarden en acercarse con mayor rigor al pensamiento ético de Turienzo.

1. Punto de partida kantiano

Como es bien sabido las Ciencias Naturales pretenden descubrir leyes en la realidad y formularlas objetivamente. Cuando esta pretensión es seguida también por las Ciencias Sociales parecen silenciarse residuos humanos de la reali-

dad cuyas manifestaciones no se ajustan, en principio, a las leyes verificables. La investigación en torno al hombre plantea dos alternativas. Una primera consiste en entender el orden humano, en cualquiera de sus muestras, como *análogo del orden natural*, según lo expresa la racionalidad físico matemática. Y la segunda, intenta denunciar el modelo explicativo científico como incapacitado para escrutar la realidad humana, esencialmente *distinta a las realidades naturales*. Esta alternativa es la sostenida por el profesor Turienzo en casi todos sus escritos. Insistirá a tiempo y destiempo en que el hombre interior, sujeto de las voliciones y proyectos, sujeto de libertad, habitante del «reino de los fines», que diría Kant, no es explicable únicamente desde la racionalidad científica. En el fondo de todo el planteamiento de Turienzo subyace la huella kantiana. Existen dos realidades en el hombre: la fenoménica y la nouménica. La primera de ellas, objeto de las ciencias, la segunda, fuente de la libertad y la moral. El hombre interior, nouménico, es el lugar de encuentro reflexivo con uno mismo, es la experiencia de ser persona, sujeto de responsabilidades y obligaciones. Además de los fenómenos que con la ciencia se pueden conocer, existe el hombre como «si mismo» de donde emana toda actividad científica, teórica, moral, cultural, religiosa.

Sin embargo, Turienzo se percata de que si Kant situaba en la conciencia del sujeto la fuente y el criterio del conocimiento, hoy, cuando se pretende obtener conocimiento riguroso, se abandona el mundo interior, y con ello se concibe el ámbito de lo moral que de la interioridad emana, como irracional, mera opinión. O lo que es más peligroso, se aplican a la interioridad y a la moral los mismos métodos y procedimientos que a las realidades observables, externas, objetivables, naturales. Tal racionalidad y metodología científica, según Turienzo, provoca el «exorcismo de la interioridad», desencadena la «disolución del hombre interior». A éste se le identifica, para hacerlo comprensible, dominable, con estructuras exteriores:

«Si pues el hombre interior ha delegado en la exterioridad sus atributos esa exterioridad será el principio que explique el cumplimiento moral. De ella derivarán todas las categorías éticas: la naturaleza, la personalidad y la libertad, la obligación, la responsabilidad, la conciencia»¹.

Si las Ciencias Humanas convierten al hombre en realidad exterior, datable y manipulable como las demás realidades naturales, significa que «ya no hay hombres, que el hombre, definido por categorías específicas, desaparece»².

1 «El puesto de la ética en el universo del hombre. Una cultura resapiencializada», *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* I (1974) 20.

Con lo cual se olvida que los problemas relativos a su interioridad, que son los que determinan su horizonte personal, son intocables desde el exterior y conciernen al dominio de su conciencia. Junto con el desarrollo de las Ciencias Humanas desaparece, según Turienzo, el hombre como sujeto, ya sea como sujeto moral, al estilo kantiano, o como sujeto pensante, al estilo cartesiano. El hombre que estudian las Ciencias Sociales se observa en su desnuda realidad como objeto de experiencia; el análisis de lo que es el hombre pretende alejarse cada vez más de todo presupuesto teológico o metafísico para ser descrito verdaderamente «tal como es».

2. Pérdida de sustantividad filosófica

El saber sapiencial y filosófico sobre el hombre que ha marcado toda la cultura occidental queda hoy día completamente borrado. Vivimos un contexto cultural en el que la metafísica es sustituida por «filosofías regionales» (filosofía política, filosofía del derecho, filosofía de la religión...). Estas filosofías van convirtiéndose cada vez más en ciencias positivas que no entrarán a estudiar nociones tan básicas para la ética y la metafísica como las de «persona», «valor», «libertad», «conciencia», etc. Según Turienzo, procuran estudiar grupos de fenómenos de manera autónoma «sin comprometer el sentido global de la existencia, tal y como era mantenido en relación con los intereses morales y religiosos»³. Pretenden ser neutras respecto a los últimos intereses humanos, y se construyen con una racionalidad y lógica propias, desconectadas del ser metafísico.

2 «Los interrogantes de las ciencias humanas», *La Ciudad de Dios*, 184 (1971), p. 236. Quizá podría decirse que es a partir de este artículo cuando empieza a plantearse Turienzo más directa y extensamente en su biografía intelectual cuál es el lugar que ocupa la ética en una sociedad en la que las Ciencias Humanas dominan el panorama intelectual. Las reflexiones que en este escrito se presentan emanan de sus comentarios a la Carta apostólica *Octogesima adveniens*, de Pablo VI, que había sido publicada el 14 de mayo de 1971. En este artículo ya se advertía de los peligros que acarrearán unas ciencias que no quieren reconocer sus límites e ideologizan un punto de vista sobre la realidad humana al convertirlo en total. Desde entonces va a interesarle a Turienzo cómo el hombre es escrutado por las Ciencias Humanas y convertido en realidad objetiva. De todas formas, cabe resaltar que esta misma preocupación se encuentra ya presente en el trasfondo de algunos capítulos que componen su libro *Revisionismo y Diálogo, Madurez moral y signos del tiempo*, Guadarrama, Madrid, 1969 (en concreto los capítulos III, V y XI) y asimismo en su espléndido estudio «Marxismo y moral», *Boletín de Orientación Bibliográfica* 78-80 (1968) 33-83. A partir de estos escritos, y a lo largo de la década de los setenta, el profesor Turienzo ha desarrollado con mayor o menor extensión en casi todos sus trabajos el tema que aquí nos ocupa.

3 *Implicaciones para una ética de las Ciencias del Hombre*, Editorial Docencia, Buenos Aires 1981, p. 47. Este pequeño libro es la refundición de su anterior estudio «Implicaciones para la ética del nacimiento y desarrollo de las ciencias del hombre», *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, II (1975) 95-155. En este escrito hay algunos textos importantes que, injustificadamente a mi juicio, no se recogieron en la edición del libro. En su momento me referiré a alguno de ellos (notas 5 y 22).

sico del hombre, con la intención de resolver problemas considerados específicos e independientes. Aquí encuentra Turienzo el primer paso hacia la constitución de las Ciencias Humanas y su alejamiento del pensar ético-filosófico. Con el desarrollo de tales ciencias se quiere «curar» al hombre del «narcisismo de ser sujeto» y de la «ilusión mentalista» que en otros contextos filosóficos se había sustentado.

La pérdida de la sustantividad de la filosofía, el olvido del saber filosófico frente al predominio del saber científico-técnico, es innegable. La filosofía ha sido expulsada de todas partes. Primero por las Ciencias Naturales y recientemente por las Ciencias del Hombre. Con anterioridad al desarrollo de estas ciencias Kant y su pregunta «¿qué es el hombre?» situaban a la filosofía en una perspectiva antropológica. Al hombre, como «en sí», como conciencia ética y sujeto de libertad, no podía llegarse a través de las explicaciones científicas, válidas únicamente para el mundo exterior de la naturaleza, para el «cielo estrellado». La filosofía postkantiana de raigambre idealista pretendió un saber de la interioridad, del yo, hasta que las Ciencias Humanas, en su afán de convertir en objeto de conocimiento positivo toda la realidad, oscurecieron al máximo las visiones filosóficas del hombre. En realidad lo que vinieron a hacer tales ciencias fue una de estas dos cosas:

«o ignorar ese mundo de la interioridad como algo ilusorio y tratarlo con arreglo a los métodos —los únicos válidos para hacer ciencia— del saber de exterioridad; o, aun admitiendo ese mundo como algo que tiene características peculiares, *positivizar su estudio* de modo que también respecto a él se haga innecesaria la filosofía, que en adelante será llamada metafísica, sinónimo de fantasmagoría»⁴.

Los presupuestos metafísicos o teológicos que tradicionalmente han condicionado el conocimiento del hombre quedan lejos tras el desarrollo de las Ciencias Humanas y de su alto grado de científicidad en nuestro contexto cultural. Estos saberes «científicos» sobre el hombre funcionan con métodos que exigen objetividad, pues buscan resultados experimentales y lo suficientemente exactos para evitar todo tipo de especulación filosófica gratuita:

4. «El pensamiento post-metafísico actual y la alternativa técnica-ética», *La Ciudad de Dios* 183 (1970) 506. Este estudio podría ser considerado como un análisis del panorama intelectual contemporáneo en el que se puede descubrir la desaparición de la filosofía como saber sustantivo sobre el hombre y el mundo. En realidad, los diez rasgos que aquí nos presenta el profesor Turienzo (pp. 513-520) van a convertirse, a mi modo de ver, en el contexto intelectual desde el cual —y contra el cual— analizará en sus artículos posteriores las complejas relaciones entre la ética y las ciencias humanas.

«Expresarse en términos de hombre autónomo, de sujeto definido como “animal racional”, por ser el hombre partícipe de una Mente soberana del universo, es una y otra vez denunciado desde la ciencia como modo de proceder propio de la especulación metafísica. Esta especulación ha quedado atrás; con ello la significación del lenguaje mentalista y del lenguaje del sujeto»⁵.

Le interesa al profesor Turienzo estudiar el tipo de relaciones que se dan en la actualidad entre las Ciencias Sociales y la ética: antagónicas o complementarias; quizá uno de los temas más apasionantes de la reflexión ético-sociológica por sus graves repercusiones filosóficas e incluso político-sociales. Para explicar mejor el reduccionismo en que caen estas ciencias respecto de la filosofía cuando pretenden explicar qué es y cómo se comporta el hombre, Turienzo presenta un riguroso análisis del proceso de emancipación. En la base de la argumentación, desarrollada en distintos escritos, encontramos las siguientes preguntas:

«Si al constituirse las ciencias de la naturaleza como ciencias pierde su competencia la filosofía en la esfera de lo natural, al constituirse las ciencias del hombre, ¿no perderá también competencia la filosofía en esa esfera de lo humano? Si además se tiene en cuenta que la ética o sea saber “qué sentido tiene la existencia humana en la totalidad del ser”, constituyó tema filosófico nuclear, el más estricto tema de la filosofía, la pregunta toma esta forma: al quedar sobrante la filosofía, ¿no quedará sobrante también la ética?, ¿existirá todavía algún tipo legítimo de movimiento filosófico, filiado al cual mantenga su vigilancia la moral? Este tipo de conocimiento ¿podrá llamarse en algún sentido científico? Si el único saber acreditado como “científico” es el emancipado de la filosofía, ¿qué figura y qué puesto, si es que tiene algunos, se le reservan para la moral?»⁶.

El impacto de las Ciencias Sociales en la ética se manifiesta principalmente en que ésta queda reducida a *ciencia de las costumbres*, a psicología o sociología moral, con lo cual se elimina a la filosofía, pues su esencia, según el profe-

5 «Implicaciones para la ética del nacimiento y desarrollo de las ciencias del hombre», o.c., pp. 126-127.

6 *Implicaciones para una ética de las Ciencias del Hombre*, o. c., pp. 13-14. En este mismo librito se encuentran otras preguntas similares que nos muestran el carácter crítico del pensamiento de Turienzo: «Podrá en efecto subsistir el hombre cuando el estudio al caso se convierte en ciencia? ¿Qué hombre es el mentado —el que únicamente puede serlo— después de entrar por el “camino seguro” que señala la ciencia? ¿Quedaría ahí espacio en relación con el cual tengan sentido las cuestiones éticas? Si la ética misma, en cuanto se legitima, tiene que ser ciencia, ¿se trata en ella de aquello que la filosofía entendió por ética, y que era considerado su principal y aparentemente más ineliminable tema, o se trata también aquí de recuperar ese tema de un esoterismo impracticable?» (p. 38).

sor Turienzo, versa sobre el hombre, sobre el sentido de su pensar y hacer, en definitiva, siempre sobre cuestiones antropológico-éticas: «Toda posible cuestión abordada en términos de radicalidad y totalidad, que es el modo como lo hace la filosofía, ha de plantearse de cara al hombre, es decir, en perspectiva antropológica. Ello implica su etización»⁷. El núcleo de la filosofía —que es la ética— no es otro que *el sujeto en cuanto realidad interior*, en cuanto vivencia del preguntar por el sentido. Por eso, otro de los impactos de las Ciencias Sociales en la ética y en la filosofía se manifiesta agudamente en que el hombre interior queda olvidado, negado o «positivizado». Para Turienzo, solo si podemos hablar del sujeto podemos identificar el ámbito de «lo» moral (y lo filosófico), entendido existencialmente.

3. *Desalojo de las humanidades*

Las Ciencias Sociales, en su afán por objetivizar la realidad, llegan a considerar que del «hombre interior» nada hay que decir, entendiendo a éste no como impenetrable por los métodos propios de esas Ciencias, sino como *inexistente*. Las consecuencias de este reduccionismo científico para la moral, y la cultura en general, son graves. Si, como hemos dicho, para Turienzo lo moral se relaciona con el sentido de la vida, la eliminación por parte de las Ciencias Sociales de la interioridad, lleva implícita la eliminación de la realidad moral en sentido antropológico. Y no sólo hacen perder de vista lo moral, sino que con ello quedan aplastadas las más graves manifestaciones culturales de la humanidad:

«En el fenómeno de la interioridad no está implicado solamente la ética, sino el contexto total de la cultura, el patrimonio humano que nos permite hablar de su historia, y que está constituido por lo que genéricamente denominamos “humanidades”. Las humanidades son resultado de la actuación del hombre interior. Pues bien, el impacto de la ciencia ha significado una amenaza de colapso para las humanidades»⁸.

Por otra parte, estas humanidades no han desaparecido completamente. La «sabiduría», la reflexión en torno al hombre como sujeto moral, aunque es excluida del ámbito de la racionalidad científica, no puede borrarse de la experiencia humana ni del panorama intelectual contemporáneo. Con ello se fomenta una *cultura esquizofrénica* porque por un lado marchan las ciencias con sus avances técnicos, y por otro la cultura humanista; ambas en pugna y sin inten-

7 «El puesto de la ética en el universo del hombre...», o. c., p. 24.

8 *Ibidem*, p. 11.

ción de armonizar. Dos son pues las actitudes intelectuales enfrentadas: la ético-humanista y la científico-técnica. La visión moral, estética y religiosa se contrapone a la epistemológica, científica y técnica, como lo muestran la oposición de intereses entre intelectuales y tecnócratas: «La divisoria entre las versiones técnico-científica y ético-utópica del saber tiende a perder —aunque con salvedades— significado geográfico, incidiendo en la eterna discriminación de mentalidades: la mentalidad que pone sobre todo énfasis en la libertad frente a la que pone en el orden»⁹. Si esta última mentalidad científica y fiscalista oculta cada vez más la visión del hombre que han ofrecido en la historia los saberes sapiencial y filosófico propios de las humanidades, el paso de un tipo de vida ordenada, controlada y programada *a priori* no queda muy lejos, como auguraban las «utopías» descritas en la literatura contemporánea. En consecuencia, una ciencia del hombre omniabarcante de lo humano lleva en su seno el *desalojo de las humanidades* y la instauración del tecnócrata como guía moral: «el oficio vacante del moralista lo toma el técnico, para planificar el mundo de las personas lo mismo que planifica el mundo de las cosas. El proceso abierto al hombre y al humanismo se cierra aquí sentenciando la inanidad del sujeto de juicio»¹⁰.

Es evidente que el saber sobre el hombre no ha alcanzado todavía el grado de «cientificidad» (axiomatización, simbolización, formalización) de que ya goza el conocimiento sobre la naturaleza. Cabría preguntarse si es posible que la psicología o sociología, por ejemplo, alcancen la precisión de las ciencias físicas. Según Turienzo la controversia en torno al estatuto epistemológico de estas ciencias humanas¹¹ se mantiene aún hoy porque se comprueba cada vez más que cuando se pretenden constituir según el modelo de las ciencias positivas, no pueden hablar del sujeto autónomo, no admiten la concepción del hombre

9 «El pensamiento postmetafísico actual y la alternativa técnica-ética», o. c. 519. El análisis de la «cultura esquizofrénica», del enfrentamiento entre las humanidades y las ciencias y la necesidad de armonización entre ambas culturas ha sido también objeto de reflexión por parte de Turienzo en diversos lugares de su obra. Puede comprobarse, por ejemplo, «El pensamiento post-metafísico...», o. c., pp. 506 y 515; *Implicaciones...*, o. c. p. 31 ss., «Los interrogantes...», p. 237 y ss.; «Malestar de la filosofía y la ciencia en la disputa de los valores», *La Ciudad de Dios*, 187 (1974), 318-319; *El hombre y su soledad. Una introducción a la ética*, Ed. Sigueme, Salamanca 1983, pp. 82-90.

10 «Los interrogantes de las ciencias humanas», o. c., p. 242.

11 El tema del estatuto epistemológico de la sociología y otras ciencias humanas, de sus posibilidades y contrariedades a la hora de presentarse como ciencias positivas y empíricas ha sido estudiado extensamente por Turienzo en «La investigación sociológica entre positividad y utopía», *Anuario Jurídico Escorialense*, VIII (1972), 289-353; «Proceso al hombre en Jacques Monod», *Arbor*, diciembre (1972), pp. 359-375; «Malestar de la filosofía y la ciencia en la disputa de los valores», *La Ciudad de Dios* 187 (1974) 314-337; «Sobre la disputa del positivismo en la sociología alemana», *Anuario de Filosofía del Derecho* XVIII (1975), 319-342.

de la tradición filosófica humanista, ni la autoconciencia de las doctrinas mentalistas: «El interiorismo, tanto socrático como cartesiano, apenas si atraen ya la atención, ni como asunto de crítica; se suponen cosas muertas. El alma sujeto de logos o el espíritu pensante pertenecen al género de entidades metafísicas que, al análisis, se revelan como no-entidades»¹².

4. *Negación de la interioridad del sujeto*

Aunque se mantenga la distancia epistemológica y metodológica entre ciencias naturales y sociales, el problema que perdura es si en la realidad humana, explicada con modelos mecánicos y experimentales, cabe hablar todavía de algo semejante a lo que la filosofía tradicional denominaba «alma». Negar ésta por exigencias de racionalidad científica, supone ocultar no solo la fuente de la creatividad humana, teórica y práctica, sino también la posibilidad de transcendencia en el hombre: la experiencia religiosa que emana siempre de la dimensión más profunda de su yo¹³. La reflexión ético-filosófica, según Turienzo, debe enfrentarse al reduccionismo en que caen las Ciencias Humanas, aún cuando no llegen a imitar el positivismo de las Ciencias Naturales. Por mucho que las ciencias puedan decir sobre el hombre, quedan siempre cuestiones ético-filosófico-religiosas pendientes que exigen ser tratadas: «las viejas cuestiones que tienen que ver con la subjetividad y el sentido de la vida, no quedan intocadas, reclamando sean tenidas en consideración; incluso como las cuestiones verdaderamente fundamentales e importantes»¹⁴. Este es el combate en que se encuentran hoy la filosofía, y la ética, que es su núcleo. La pregunta de *por qué hay moral* se impone. A veces urge suscitarla porque al negarle legitimidad¹⁵ se niega la interioridad del sujeto, fuente de toda posible autenticidad moral:

12 *Implicaciones para una ética de las ciencias del hombre*, o. c., p. 61; «La conciencia y su soporte el alma o bien el yo personal son realidades nítidas cuyas sustantividad se agota en las palabras que les designan. Palabras en el fondo vanas, ya que son la mera etiqueta puesta sobre una ignorancia. La ciencia ha desterrado esa ignorancia, y sabe que lo que hay detrás puede ser encerrado en una fórmula química. El A.D.N. suple al alma y la conciencia...» (*El hombre y su soledad*, o. c., p. 25).

13 Un análisis sugestivo de las repercusiones del espíritu científico-técnico en la religión, y a su vez el desvelamiento de las raíces religiosas en las críticas que hoy se construyen contra nuestra civilización tecnificada puede leerse en su estudio «Ir a la raíz del hombre es encontrarse con lo religioso», *Communio. Revista Católica Internacional* IV (1980) 375-396; en «Líneas que configuran la sociedad laica en el momento actual», *Religiosos en una sociedad laica*, Instituto teológico de Vida Religiosa, Madrid, 1979, pp. 21-60; en *El hombre y su soledad*, o. c., pp. 115-116, 351-367.

14 *Implicaciones para una ética de las Ciencias del Hombre*, o. c., p. 30.

15 El propósito que guía sus reflexiones de «Para que haya pregunta moral», *Iglesia Viva*, 73 (1978), pp. 35-65, es justamente el de suscitar tal pregunta haciendo ver no sólo su plausibilidad,

«El encuentro con la soledad y la experiencia de la misma va al unísono con el encuentro y la experiencia de ser hombre. La soledad define el lugar interior, el ámbito del existir personal. El ahondamiento en la interioridad se mide por la experiencia de la soledad; existir auténtico y experiencia de la soledad se corresponden. No sabe de autenticidad quien no sabe de soledad»¹⁶.

La temática en torno al hombre interior, sujeto de la moral, no es obvia para las Ciencias Sociales, ni para las filosofías por ellas condicionadas. Urge mostrar la existencia de la realidad interior en el hombre y la posibilidad de expresarla conceptualmente. A la filosofía —y a la ética— les hace falta, según Turienzo, «legitimar los títulos de ese reino interior y su discurso de sentido como algo que hay, que acusa una forma de presencia ineludible y que puede ser aprehendido de alguna manera por la reflexión constituyendo un campo específico de cuestiones, incluso el campo fundamental en el que toda otra cuestión se da»¹⁷. De lo contrario, la ética, junto con la filosofía, dejan de ser, quedan sin objeto específico, se convierten en meros apéndices de lo positivo, de la psicología o la sociología, destruyéndose la substancia del mundo humano. Con el desprecio de la interioridad se consume plenamente la tan cacareada «muerte del hombre». Así parece entenderlo Turienzo cuando escribe:

«La muerte del hombre... sucede a y corresponde con la muerte de la filosofía, que había tenido siempre su tema central en la reflexión sobre el hombre interior. *La muerte de la filosofía ocurre cuando se volatiliza el mundo del sujeto.* La perspectiva objetiva se convierte en punto de vista absoluto y completo. Las cuestiones relativas al hombre pasan a ser pseudocuestiones, acaso toleradas como fondo de creencias incommunicables, pero sin crédito para integrarse dentro del estatuto de la ciencia»¹⁸.

El estilo cognitivo propio de las Ciencias Sociales extendido y aceptado en nuestras sociedades modernas fomenta que problemas como el de Dios o la interioridad humana aparezcan vacíos de sentido. Si la ciencia abarca todas las di-

sino también, y sobre todo, su inevitabilidad, por mucho que las ciencias pretendan apagarla con su monopolio de racionalidad. Este sigue siendo el gran reto que las ciencias sociales presentan a la ética. A este reto no cabe responder, según Turienzo, con respuestas irracionales, impresentables al mundo científico (p. 37).

16 *El hombre y su soledad*, o. c., p. 85.

17 «El puesto de la ética en el universo del hombre», o. c., p. 25.

18 *Ibidem*, p. 38. Sin embargo, en *El hombre y su soledad* acusará de precipitada toda ciencia y filosofía que postula la muerte del hombre: «Es cuestión de preguntarse entonces si, muerto el hombre, queda puesto para la soledad, para la ética. O si tal vez, y pese a todo, ese certificado de defunción y las correspondientes oraciones fúnebres no son prematuras» (p. 90).

menciones del ser personal la afirmación socrática presente en toda la tradición filosófica occidental según la cual «algo divino mora en el hombre», se hace ya inadmisibles. Las ciencias humanas se han convertido, según Turienzo, en armas mortíferas frente a la realidad del «alma», la moral y la filosofía:

«Una nueva secularidad racionalizadora, afectando en este caso al sujeto y a la conciencia, viene a añadirse a la que desplazó a Dios para poner en su lugar al hombre. El poder que actúa esa secularización es el de la ciencia. Bajo su mandato, toda cuestión se resuelve en preguntas del tipo “como”, que afectan no a realidades misteriosas, como las que suponen al preguntar por Dios o por el hombre, sino a hechos y fenómenos de experiencia, que se contestan con saberes positivos»¹⁹.

Lo curioso, sin embargo, es que las ciencias no tienen acceso positivo a las realidades de Dios o el alma para negarlas científicamente, sino que su impacto sobre la filosofía se limita a silenciarlas: «Planteados y resueltos los problemas específicos del hombre en términos científicos, es obvio concluir que, en el radio de alcance de esas soluciones, el propio hombre quedará *desposeído de su específica interioridad*, de su condición de sujeto espiritual y ser personal»²⁰. Al igual que las Ciencias Naturales vaciaron a la naturaleza de toda interioridad, con el progreso de las Ciencias Humanas se exige también vaciar al hombre de su vida espiritual y personal, concebirlo en definitiva como una realidad meramente «natural». Para la racionalidad científica «las preguntas morales específicas sobre la *autognosis*, sobre qué debe hacerse o qué sea el hombre..., desaparecen»²¹.

5. Necesidad de recuperar el sujeto

Con el estudio del hombre por la ciencia pelagra la ética, porque las dimensiones personales de «inteligencia e iniciativa libre» desaparecen. Es lo que Turienzo designa como «despojo del sujeto». Las diversas ciencias sobre el hombre aportan cantidad de datos en torno a la vida humana pero al mismo tiempo ofrecen un desconocimiento profundo de su realidad más íntima. Ante semejante situación la tarea estaría en recuperar al sujeto y con él recuperar la fuente

19 «Para que haya pregunta moral», o. c., p. 45.

20 *Implicaciones para una ética de las Ciencias del Hombre*, o. c., p. 37.

21 «Para que haya pregunta moral», op. cit., p. 47. «La ciencia se produce poniendo entre paréntesis al hombre, sus ansias subjetivas y sus aspiraciones personales. Es impersonal y objetiva. El mundo de la ciencia destierra de la consideración el punto de vista de la subjetividad y el sentido; paraliza el tiempo y establece la realidad ante una mirada que todo lo contempla en el contexto seriado de un orden exterior» (*El hombre y su soledad*, p. 86).

de la moralidad. Las Ciencias del Hombre, en la medida en que aspiran a ser verdaderas ciencias, no pueden olvidar, según Turienzo, la complejidad de lo humano, objeto de su estudio. El científico social no se encuentra frente a un actor cuyos papeles le vienen impuestos por fuerzas externas, sino ante un agente que crea acciones y procesos desde su subjetividad. La vida interior del sujeto no se reduce a mera subjetividad llena de emociones, deseos e ilusiones informulables y de difícil explicación científica, sino que para Turienzo constituye el patrimonio de la realidad específicamente moral de la que ha hablado siempre la «sabiduría» y la filosofía. Hoy día, a pesar de las dificultades que entraña ahondar en una realidad tan escurridiza como el sujeto, es preciso reivindicar y legitimar a través de discursos «racionales» no determinados por la racionalidad científico-positiva el mundo de la interioridad:

«El mundo del sujeto podrá no ser racionalizado, pero es necesario postularlo como razón de ser de aquello que cae dentro del círculo de racionalidad. A la vez nos percatamos de que ese mundo del sujeto es mucho más *huidizo* que lo que la ingenua experiencia interior puede persuadirnos. Se diría que el sujeto, bajo la acción de la crítica y a resultas de la información que sobre el hombre nos dan las ciencias humanas, se repliega a un escondido fondo donde no se deja ver, pero que, sin embargo, es identificable porque pone en vilo a la existencia, porque habla... A la luz de una exigente racionalidad crítica, el sujeto, en la medida en que ha perdido funciones, ha ganado en identificación...»²².

Para Turienzo es tarea intelectual ineludible *recobrar el papel de la filosofía y de las humanidades*, a fin de restar dominio a la tendencia científicista de nuestra cultura, ya que la ciencia misma se torna problemática cuando no es humana. Ni que decir tiene que Turienzo no cuestiona a la ciencia en sí misma, es decir, su naturaleza y vigencia, sino que cuestiona el «ciencismo», su pretensión desmesurada de dominar todas las dimensiones humanas. En realidad el proble-

22 «Para que haya pregunta moral», o. c., p. 64. Un texto de «Implicaciones...» publicado en *Cuadernos* y que extrañamente Turienzo no volvió a recoger en su libro de semejante título nos ilustra esta misma postura: «Esa nueva racionalidad, apoyada en la ciencia e informada por el espíritu científico, no puede renunciar a la inspiración que dió vida al viejo saber filosófico ahora cuestionado. Esa inspiración remite al hombre como *interioridad*, a su desazón y sus aspiraciones en busca de aplacamiento, satisfacción y plenitud. La expresión espontánea de todo ello constituye el fondo de las sabidurías, fondo irrenunciable, que puede ser silenciado por vetos externos, pero que íntimamente reclama de continuo ser oído. La racionalidad apoyada en la ciencia y desarrollada según el espíritu científico, como en otras fechas la filosofía, no puede negarse a servir de cauce a esa inspiración. Contando con ello es como no será la nueva imagen del mundo opaca a la faz humana...» (*Cuadernos Salmantinos de Filosofía* II) (1975) 152.

ma sería «si ha de entenderse el hombre a la medida de la ciencia, o es la ciencia la que ha de entenderse a medida del hombre»²³. Es necesario criticar el ciencismo por cuanto cuestiona al hombre y su interioridad. Las Ciencias Humanas, bien entendidas, y siendo conscientes de las características del objeto que estudian, no tienen por qué oponerse al acceso del hombre interior que alcanzan las humanidades con impulso moral. Solo cuando las Ciencias Sociales se convierten en «ideología ciencista», según la cual todo debe cifrarse en modelos abstractos e instrumentales, se produce el rechazo de la interioridad y del «alma» y el predominio del «autonomismo totalitario de la técnica». Para Turienzo, la ciencia está llamada más bien a dar soporte al humanismo. Las ciencias, sobre todo las humanas, deben «tomar en cuenta al hombre adueñado de sí y realizándose no ya conforme al simple emerger de la naturaleza, sino en proyecto consciente y de propósito». Y si es así, podrá comprobarse que las Ciencias Humanas y la ética no se excluyen, sino que «al contacto con la ciencia, reflexionando sobre sus datos, la moral, y con ella el humanismo, se revisarán en proceso continuo, sin abdicar de su propio principio, inquiriendo de más en más un aquilatado concepto del hombre interior y su mundo de valores»²⁴.

Por tanto, la propuesta de Turienzo no es oponer las humanidades y la ética a los resultados de las ciencias, sino reasumir, contando con mentalidad científica, las viejas nociones de «espíritu», «libertad», «conciencia», que han quedado marginadas por el «único» discurso significativo marcado por las Ciencias Humanas: «no se trata de poner el corazón en la ciencia, la técnica o la máquina, sino a la inversa. La cultura científica ha de ser vivida humanamente, y esto significa más que ser científicos; significa ser hombres. El sujeto es recuperado a un nivel postmetafísico, como el único lugar en que hoy puede tener realidad»²⁵. Según Turienzo, hoy deben *replantarse los problemas claves de la filosofía tradicional*, que en definitiva son los religioso-morales: el sentido de la vida, la felicidad, el sujeto, la libertad..., cuestiones sobre las cuales no se puede hablar con precisión científica, aunque tampoco con los conceptos metafísicos de antaño. Y así, replanteando los viejos problemas filosóficos tropezamos sin duda con el «sujeto», con la interioridad y la autoconciencia.

23 *Implicaciones para una ética de las Ciencias del Hombre*, op. cit., p. 69.

24 *Ibidem*, p. 77. «En definitiva son los problemas del sujeto los últimamente importantes para el hombre. De ahí que la reflexión termine inclinándose por entender como *tarea específica de la filosofía* justamente la penetración en ese santuario. No sin ver en la ciencia, con sus pretensiones de ser modelo de todo verdadero conocimiento, una especie de obcecación» («Malestar de la filosofía y la ciencia en la disputa de los valores», o. c., p. 316).

25 *Ibidem*, p. 83.

6. Breve revisión crítica

Desde esta preocupación por replantear los viejos temas filosófico-antropológicos se comprende mejor el proyecto de la ética que se sugiere en el libro *El hombre y su soledad*. En el fondo, el objeto de Turienzo en esta obra y en sus anteriores escritos, no es otro que el de reivindicar un discurso filosófico-moral sobre y desde la soledad-interioridad que resulte defendible en nuestro contexto intelectual tan marcado por los criterios epistemológicos de las ciencias humanas. Y aquí se encuentra, a mi juicio, una de las mayores deficiencias del pensamiento ético de Turienzo: la reivindicación del discurso en torno al sujeto moral no conlleva a su vez su minuciosa *construcción*. Nos encontramos ante un pensamiento «diagnosticador» y crítico de nuestra cultura científica y filosófica, de sus peligros y desvíos, pero que carece justamente de aquello que reivindica: la *tematización* amplia y profunda de una ética «intrasubjetiva» que recupere verdaderamente la comprensión del hombre interior como sujeto moral.

El argumento de Turienzo, según la estructura de sus reflexiones que he presentado, se desarrolla, a mi modo de ver, en cuatro fases: 1ª) Muestra hasta qué punto *la filosofía ha perdido la sustantividad* que en otro tiempo le caracterizó; 2ª) Hace ver junto a esta pérdida un *desalojo de las humanidades*, portadoras en definitiva de las antiguas cuestiones en torno al hombre; 3ª) Desvela las razones por las cuales hoy el predominio de las ciencias sociales ha producido una acentuada *disolución del hombre interior*; 4ª) Reivindica la *recuperación del sujeto* a través de una renovación del antiguo discurso ético sobre el agente moral con el que se legitime una nueva ética compatible con las Ciencias Sociales. Esta legitimación de la ética se podría decir que envuelve dos aspectos: a) su emplazamiento en el contexto de la realidad: se pregunta por la *condición de realidad del sujeto-hombre interior* (problema «ontológico»), y b) su demarcación en el mapa del conocimiento: se toma en cuenta *el carácter de las ciencias humanas* (problema «epistemológico»). Estos dos problemas no quedan, a mi juicio, suficientemente deslindados en los escritos de Turienzo; se entremezclan en la argumentación pasando de uno a otro sin calibrar las diferentes repercusiones filosóficas y científicas, y además tiende a prevalecer el problema «epistemológico» en detrimento del «ontológico», sin duda de mayor complejidad.

Hemos visto que, según Turienzo, sin hombre-sujeto dueño de sus actos *no hay ética*, y que estudiando al hombre con el único instrumental de la ciencia, con sus criterios y categorías, *no hay sujeto ético*, es decir, no queda espacio para la acción moralmente responsable. Pues bien, a mi modo de ver, la refle-

xión de Turienzo se centra principalmente en esta segunda cuestión, es decir, en los problemas epistemológicos que surgen al intentar hablar de todas las dimensiones del ser del hombre. Aunque constantemente la menciona, no desarrolla la cuestión de cuál es exactamente *la naturaleza y los atributos propios de esa realidad ontológica y antropológica* que llama «hombre interior». Aquí se encuentra la mayor deficiencia de este proyecto filosófico, pues no basta con reivindicar un discurso sobre la interioridad humana; o sugerir la ampliación del concepto de ciencia para introducir afirmaciones filosóficas sobre el hombre; ni basta con recuperar las antiguas cuestiones éticas implícitas en las humanidades. *Es necesario «construir» un discurso filosófico en el que se explique qué es y qué realidad ontológica caracteriza al hombre interior*; de lo contrario, no se da respuesta al reto que hoy presentan las Ciencias Humanas, sino que se está defendiendo *gratuitamente* la tradición filosófica occidental que desde Sócrates, pasando por las distintas corrientes cristianas, hasta Kant, ha considerado al hombre y a la ética el centro de su reflexión. Para construir un discurso que legitime la «realidad» del sujeto moral inaccesible a las Ciencias Humanas y que penetre en la «realidad» interior del hombre, es necesario *acuñar nuevos conceptos filosóficos* con menor huella metafísico-teológica de lo habitual.

Conviene también apuntar, aunque sea brevemente, otras deficiencias del pensamiento de Turienzo que merecerían ser desarrolladas en mejor ocasión:

a) En la mayoría de sus escritos *se acentúa excesivamente la faceta «positivista» de las Ciencias Humanas*, olvidando otras tendencias que han reconocido expresamente las dificultades intrínsecas²⁶ en el intento por hacer «ciencia» sobre el hombre.

b) Se presenta en su obra *un análisis cultural marcadamente «maniqueo»* al resaltar una continua oposición entre la cultura científico-técnica y la utópico-humanista, pues, aunque defiende la necesidad de armonizar ambas culturas, como se señaló en su momento, parece siempre presuponer la superioridad moral de la utópico-humanista, cuestión que requeriría sus matizaciones.

c) Detrás de toda la argumentación de Turienzo se encuentra una determinada *concepción personalista-existencial de la ética*²⁶ que condiciona todas

26 Algunas ideas de la ética personalista-existencial de Turienzo y de sus críticas a otros paradigmas éticos, como el analítico y el marxista, se pueden encontrar en mi estudio «La Ética en la España contemporánea (1939-1975)», publicado en *Actas del IV Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Universidad de Salamanca 1986, pp. 391-460; en concreto, referencias a Turienzo en pp. 413-415; 418-420; 426-428. Información bibliográfica sobre Turienzo a partir del año 50 en este mismo estudio pp. 441-442 y en el que presenté como su continuación, «La Ética en la España contemporánea (1975-1985)», en *Actas del V Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Universidad de Salamanca 1988, pp. 63-115; en concreto pp. 91-92.

sus reflexiones y que funciona a modo de postulado asumido sin autocrítica; se olvidan dimensiones del mundo moral como la deontológica, teleológica y axiológica que merecerían también ser tenidas en cuenta a la hora de calibrar las posibles repercusiones de las Ciencias Sociales sobre la ética.

Esperamos que pronto el profesor Turienzo ofrezca ya «acabada» su personal concepción de la ética (insinuada, más no desarrollada en *El hombre y su soledad*) que, según me consta, está elaborando desde hace algunos años, para contar así con lo que, sin duda, podría ser una de las mejores aportaciones españolas a la reflexión moral contemporánea, tan acorralada y acallada por el imparable progreso de las Ciencias Sociales.

ENRIQUE BONETE PERALES